Una noche.. ¿más?

Silvia Llamas

Capítulo 1

¿De verdad pensabas que la cosa se iba a quedar en un simple café? Querida.. ¿desde cuándo lo vuestro es tan simple e inocente? Nunca lo ha sido. Y si en algún momento lo fue, eso ya quedó muy atrás. Vosotros mismos (y sobre todo tú) os encargasteis de complicarlo más de lo necesario.

Después del café, no sabes cómo, quedáis para tomaros algo esa misma noche. Te dices que no pasa nada, unas cervezas entre amigos no matan a nadie. Tú has quedado con tus amigas y el viene desde el culo del mundo a tomarse algo con sus amigos a tu zona de marcha (¡vaya casualidad!… ejem), pero claro, es algo de lo más normal. Eso te dices. Y podría serlo, de no ser por cómo sigue la noche.

Quieres autoconvencerte de que estás tranquila, pero esa obsesión que tiene toda mujer con el armario y el "no tengo nada que ponerme", roza límites insospechables cuando te pones frente al espejo y empiezas a probarte modelitos dejando la habitación como las estanterías de Zara en las terceras rebajas de la temporada. Sin olvidarnos de algo parecido a la ley de Murphy o algo por el estilo que dice: "terminarás saliendo a la calle con el primer modelito que te hayas puesto, a pesar de haber vaciado el armario entero". Al menos gracias a eso has encontrado ropa que no sabías ni que tenías (alguna incluso con la etiqueta).

Quedas con tus amigas en una cervecería en la que a esas horas no hay mucha gente. Te están esperando fuera. Así que llegas, saludas, y como hace un frío de mil demonios, dejas el cigarrito para después, entráis y.. ¡zas! lo ves. De frente. Junto a su "amigo", el espécimen que sólo piensa con la cabeza inferior al que tuviste que dejarle las cosas claras en más de una ocasión, y a otro colega a quien no conoces de nada, y que te parece que ya se ha encariñado demasiado con su 1906. La noche empieza genial (nótese la ironía). Y a ti te asaltan mil sensaciones a la vez.

Se acerca a tí, os saludáis y cruzáis dos palabras, pero cada uno os reunís con vuestros acompañantes. Te resulta hasta raro estar en el mismo sitio y no estar juntos. Será la costumbre. Pero es una sensación.. incómoda. Te falta algo. Intentas no pensar en ello, pero se ve que tus amigas tienen ganas de hablar del tema.. y ÉL no ayuda. No deja de observarte. Y para hacerse notar o lo que sea que intenta hacer con ello, os invita a la primera ronda. Ya se ha ganado a todas las mujeres que te rodean. Entonces tú lo saludas desde tu mesa agradeciéndole el gesto, y te levantas como para ir a darles las gracias en persona. Pero no. Pasas por su lado directa a la puerta del local porque necesitas urgentemente nicotina en vena, o en su defecto un cigarro. Eso sí, lo del amago de ir a decirle algo, pasar de largo y hacer el paseillo delante de ellos con tus

taconazos y tu mini falda, te ha quedado de lujo sin proponértelo.

Cuando vuelves a la mesa notas sus ojos en tu nuca y probablemente más abajo. Ni te preocupas en girarte. Pero a los dos segundos sientes una especie de electricidad en la piel y notas su mano en tu pelo. Llamándote en silencio. Sólo se ha acercado para despedirse.. lo curioso es que lo has sentido antes incluso de que te tocase. Acojonante.

Le dices que se quede. Que os veáis después. Que le debes una copa. No sabes muy bien cómo salen de tu boca esas palabras. Es una excusa como otra cualquiera, pero sirve para que no se vaya a casa. Quedáis en veros más tarde y se va. Dudas si has hecho bien o no, que te la estás jugando, que estás muy bien cómo estás (aunque no sea del todo cierto), pero no quieres perder la oportunidad de estar un poco más de tiempo junto a él. Y justo en ese instante, recibes un mensaje. Es suyo. Te pide (nada sutilmente) que lo rescates de sus “amigos”. Que simple que eres a veces. Las dudas se esfuman.. ¿del todo?. Y entonces empieza realmente la noche.. Tiemblas.

Capítulo 2

¡Joder! Y tanto que deberías temblar, cariño. Tan sólo por la tensión que en esos momentos te recorre las entrañas, golpeándote el cerebro (y demás partes de cuerpo que mejor ni nombrar), que está en pleno proceso de análisis de lo que está pasando, luchando entre el "quiero" y el "debo".. tan sólo por eso, deberías temblar. Y mucho.

Pero no piensas salir corriendo detrás de él. No debes hacerlo. Es más, no quieres. Que espere. Por lo que te pasas la siguiente hora y media mirando el móvil de reojo cada vez que se enciende la lucecita de notificación de mensaje recibido, mientras intentas mantener una conversación que se va animando a medida que te vas pidiendo una caña tras otra como si no hubiese mañana.

De camino al garito de turno lees sus mensajes y te animas a ir a "rescatarlo". De perdidos al río. Levantas la cabeza del móvil y te encuentras con el espécimen de su amigo en la puerta del local en el que están. Genial. Sigue cayéndote igual de mal que hace un par de horas, y ahora que lo tienes cerca y estás un poco achispada, las ganas de soltarle alguna grosería aumentan. Pero pasas de él y entras a buscarlo. No das ni dos pasos y es él quien te encuentra a ti. Te agarra por la cintura y os ponéis a bailar. No sabes muy bien dónde meterte. Todavía no estás lo suficientemente borracha como para bailecitos. Y menos con él. Así que le dices donde vas a estar (con tus amigas) le das un beso en la mejilla mientras te dice algo como que se acaba la copa y te busca, y te vas. Auto-palmadita en la espalda por tu sangre fría, probablemente por causa del alcohol, pero bien merecida.

Lo que tardas en tomarte una Estrella Galicia es lo que tardas en tenerlo pegado a ti. Tapándote los ojos y balanceándote a su compás, sin tener el cuenta el ritmo de la música. Este ritmo lo marca él, y tú lo sigues sin hacer más preguntas. Así te pasas la mayor parte de la noche. Junto a él. Como querías. Rodeados de gente, saludando de vez en cuando a tus conocidos y charlando con ellos, pero siempre bajo su atenta mirada. Siempre pendiente de ti, de cada movimiento y de cada persona que se te acerca. No entiendes nada. No entiendes cómo puede ser así cuando está cerca de tí y sin embargo cuando estáis lejos, le eres tan indiferente. Es como si se olvidase de ti, según aumentan los quilómetros. Peligro. Estás en la fase en la que el alcohol te hace pensar demasiado. ¡Una cerveza por favor!

Son las tantas y te quieres ir a casa. Sola. Demasiadas miradas. Demasiadas caricias. Demasiadas risas.. demasiados susurros. La noche ha estado demasiado bien como para complicarla.. más. Pero insiste en acompañarte. Te dejas mimar un poquito más. De camino no dejáis de reíros de las tonterías de la noche. Estás contenta. Y crees que él también.

Os lo habéis pasado muy bien, como amigos (o eso es de lo que tu intentas convencerte -y hasta el momento no ha habido contacto físico "profundo".. así que-). Pero en tu portal, a lo quienceañeros, te besa.

Cinco segundos que parecen eternos, y te apartas. Le recuerdas vuestro trato. Te vuelve a besar y esta vez no lo rechazas tan rápido. Los dos sois de mecha corta, y eso es peligroso. Te pierdes en ese momento. Pero cuando tomas conciencia de lo que está pasando te apartas de nuevo y esta vez no dejas que se acerque. Eso de "folla-amigos" no va contigo. Al menos cuando piensas en él. Se lo dejas claro de nuevo. Y como muestra de que el control está en tu mano, eres tú quien lo besa en una lenta y dulce tortura. Como despedida. Como un recuerdo tuyo que tardará en olvidar. No sabes si te ha dolido más a ti, de lo que lo ha sorprendido a él. Pero lo abrazas, le dices que lo has echado mucho de menos, pero que las cosas no pueden ser así. Él responde a tu abrazo. Te sorprendes. Te estremeces. Y sientes que ese abrazo es sincero. Tu niño. A pesar de todo nunca dejará de serlo.

Pero.. en serio, ¿cómo puede ser que una y otra vez recurras al masoquismo de una forma tan consciente y voluntaria, que llegues a considerarlo (muy a tu pesar -eso espero, al menos-) algo tan normal? ¿De verdad para tí el orgullo y sobre todo la obligación y el derecho de quererte a tí misma no está por encima de cualquier sentimiento, que claramente no es bueno para ti y no hace otra cosa que hacerte daño? Pues sí. Después de tanto tiempo, por fin te das cuenta. Te sientes terriblemente bien. Y empiezas a quererte. Y a dejar que alguien te quiera de verdad.